

Tomás Sánchez Bellocchio

Los oscurecimientos

**Alianza** editorial

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección e imagen de cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © Tomás Sánchez Bellocchio, 2026.  
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026  
Calle Valentín Beato, 21  
28037, Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 979-13-7009-166-8  
Depósito legal: M-20942-2025  
Impreso en España - Printed in Spain

# Índice

Primera parte	21
Segunda parte	127
Tercera parte	197



*A mamá, que me inició en la biblioteca y  
la conciencia política*



«Todo juego aspira a la condición de guerra porque lo que aquí se apuesta devora al juego, a los jugadores, todo.»

Cormac McCarthy, *Meridiano de sangre*

«Si esto es la Patagonia, ¿yo qué soy?»

César Aira, *La costurera y el viento*



Nunca supe al final si Quito entendió que lo hice por él, cuando me tiré aquel eructo famoso. No fue planeado, un segundo antes no había nada ahí, pero al abrir la boca sucedió y yo lo fui entendiendo mientras sucedía: un ruido gutural, ensordecedor, como de animal prehistórico herido. ¿Tal vez un milodón? ¿Un megaterio? ¿O un tigre dientes de sable? El suelo bajo nuestros pies era una mezcla del polvo de sus huesos, y a mí a esa edad me parecía completamente lógico que el fantasma fósil de uno de ellos se hubiera filtrado en mi voz. Duró una eternidad y fue tal el impacto entre mis amigos que nadie atinó a cronometrarlo para documentar la proeza. Más adelante, volverían a pedírmelo muchas veces, y aunque traté, no fui capaz de repetirlo, hasta que hubo que admitir que había sido algo de una única vez.

Aquella tarde bastó para disipar lo denso de sus palabras y olvidar el asunto. Desde entonces ya nadie lo miraría raro. Y cuando dejamos de reírnos, por momentos sentí que Quito me lo agradecía con un guiño, pero era esa hora en que uno entrecierra los ojos porque los reflejos del sol pegan casi horizontales. Cuarenta años después, todavía no tengo la certeza de que hubiera llegado a cerrar uno para mí.

Y eso fue todo.

Rique sacó y prendió un cigarrillo y nos quedamos callados, esperando nuestro turno. Al pasarlo, ahuecábamos la mano para que no lo apagara el viento, aunque en realidad lo que hacía el viento era avivar la brasa y consumirlo más rápido. Todas las veces había que saltar a Quito: todavía tenía los labios como una pulpa, rojos y abiertos. La oscuridad del hueco donde ahora le faltaba el diente acentuaba el contraste en uno de los ángulos de la boca. Harto de ver pasar el cigarrillo, se había tirado hacia atrás, rodando dolorido sobre la torreta, para acomodarse junto al cañón de espaldas a nosotros. Tratábamos de guardar el humo en el pecho todo el tiempo que fuera posible, como un ineficaz antídoto contra el frío, y cuando ya no había más que hacer que soltarlo, Nasio era el del talento para las figuras. Con cada bocanada conseguía un anillo muy nítido que quedaba un rato flotando entre nosotros. Al expandirse en el aire, los enhebraba, en un movimiento parecido a las ondas de un estanque, pero vertical y en tres dimensiones. Un anillo de esos era un correlato de nuestra amistad: reconocíamos su forma, solo el material del que estaba hecho era borroso.

Y sin embargo tengo nítida la imagen de aquel día: los cuatro sobre el tanque, con las montañas de fondo y el sol en retirada, quemándose en su luz. Parecíamos lo que queda de un escuadrón perdido, festejando el fin de una guerra nuclear. No tenía idea de que iba a ser una de las últimas veces. Cuando el sol terminó de esconderse, se encendieron las luces en Punta Frías, pero dos horas más tarde volverían a apagarse: era noche de oscurecimiento.

—Si andara...

—Anduviera, burro.

—Haría mierda mi casa.

—¿Cómo? A ver.

—La reventaría a cañonazos. Puf. Puf. No quedaría nada. Ni una puta pared. Puf. Puf. Nada. Y al pueblo también.

—¡Ehhh! ¿Qué te pasa?

—Uno por uno. Puf. Puf. Nadie.

—Pará, che.

—Ni siquiera ustedes.

Yo no me había olvidado. Repetí para dentro las palabras de Quito, las hice girar en mi cabeza hasta que sonaron igual, pero no pude imitar el rencor. Y me acordé de una tarde reciente, en el mismo lugar, a la misma hora, en que jugábamos a la guerra contra los chilenos. En nuestros juegos, los Andes además de frontera hacían las veces de trinchera. Quito se había dado vuelta repentinamente y había empezado a tirar piedras contra su casa, con tanta puntería que ni una de las ventanas de ese lado sobrevivió.

No había terminado la precipitación de vidrios cuando vimos a su padre emerger, borracho y agarrándose del quicio de

la puerta. En una mano revoleaba una botella —por la silueta y la etiqueta reconocimos de inmediato que era de whisky—, mientras con la otra iba sacándose el cinturón. Carlos Ecuador tenía grado de capitán, pero por un instante sus hombros brillantes de esquiras parecieron las charreteras de un general. Como siempre, Quito no pegó ni se defendió de los golpes, sabía perfectamente que en esos casos lo mejor era abandonar el cuerpo y abstraerse hasta un lugar muy lejos. ¿A dónde? Alguna vez me lo contó, pero por ahora queda para más adelante. Hubo unos cuantos latigazos vertiginosos en diagonal con la hebilla de punta y después un abrazo trabado, hasta acabar con Quito boca arriba con la sonrisa líquida. Como siempre también en esas situaciones, ninguno de nosotros había intentado defenderlo. El odio que se tenían delimitaba un perímetro infranqueable, una especie de ring dentro del cual solo ellos dos existían.

—Y a ustedes.

—Señor.

—No quiero volver a verlos, mierdas. Siempre lo mismo. ¿No tienen otra cosa mejor que hacer?

—Pero señor.

—Ya oyeron. Váyanse de acá.

—Nosotros no...

Quedaron sus huellas coaguladas con un poco de sangre y, mientras las borraba con el pie, pensé que el tiempo era como una espiral: al avanzar amagaba con repetirse. Si esa era su forma, yo suponía que tenía que haber un aprendizaje o un significado, por eso siempre parecía volver, sin volver exactamente. Seis meses atrás había pasado lo mismo, pero no igual y había habido otras veces, demasiadas como para llevar la cuenta, todas con pequeñas diferencias y matices. Cuando no estábamos

ahí para atestiguar la arremetida, la corroborábamos al día siguiente en sus consecuencias: cortes, moretones, magulladuras, dientes partidos. La peor de todas esas veces, el resultado para Quito había sido un tajo sobre el párpado y una fisura en la mandíbula. Pasó diez días encerrado en su casa, los dientes atados con alambre, alimentado a sopas y a jugos, hablando como los malos ventrílocuos. Hasta que apareció el tanque.

Recién ahora que me puse a escribir, me doy cuenta de que para revivir al pueblo que fue en mis recuerdos, lo mejor es la vía indirecta. Uno tuerce la mirada hacia el paisaje de sus límites y da la impresión de ser inmutable. Tan espaciadas son sus variaciones que nuestra percepción no es capaz de registrarlas, por eso cuando miramos creemos que nada cambió. De un lado, el comienzo de la cordillera con sus bosques de lengas, coihues y ñires. A mí me conmovió siempre la naturalidad de esa convivencia entre árboles vivos y muertos, en una cantidad y disposición que no volví a encontrar en otra parte. Me gustaría que algo dijera de nosotros. Del otro lado, una vez atravesando lo que fueron las estancias inglesas, la estepa excesiva hasta el mar, también llamada desierto, con sus pastos de mechones, salpicada acá y allá por balancines de petróleo, y que acaba abruptamente en playas vacías o en altos acantilados. Unos kilómetros al norte, la región de los lagos y sus glaciares imponentes donde pasé tantos veranos de mi infancia. Si no fuera por las imágenes que bajan de los satélites, me costaría admitir que menguan año a año con esa velocidad. Al sur, todo el mundo lo sabe: el canal y las islas.

Entonces Punta Frías era menos de la mitad de lo que es hoy, un puñado de edificios al borde de la Ruta Nacional 40. Casi no había turismo tan al sur y se vivía sobre todo de la lana y del carbón. Las minas de YCF (sigla para Yacimientos Carboníferos Federales) operaban a su máxima capacidad por lo que un final cercano parecía impensable. Las pocas casas habían crecido como tumores en torno a la última estación de servicio de la provincia, y los camiones que cruzaban se detenían ahí a cargar nafta antes de pasar al lado chileno. Junto a la estación, el bar de Don Roque Cáceres y un almacén se nutrían de la soledad de los conductores.

Había tan poco para elegir en Punta Frías que ni el espejismo de ser único e irrepetible alcanzaba para ocultar la verdad de nuestra anodina existencia. Por ese temor disfrazado de orgullo no repetíamos los nombres, ni para continuar esa tradición de llamar a los primogénitos como los padres. Excepto por los mineros —mineros-golondrina, solía decir papá, porque volaban de yacimiento en yacimiento, a donde hubiera trabajo, buscando hundirse en la tierra—, que abundaban hasta que un día se fueron, no era común más de un representante por oficio y profesión. Había un doctor, un panadero, un farmacéutico, un abogado. Había una única escuela, con la cantidad justa de alumnos por clase para no tener que mezclar camadas, como pasa en las rurales. Había una única iglesia, de diseño alpino, réplica de las capillas de Chiloé al otro lado de la frontera, pero ningún sacerdote. Durante años tuvimos uno itinerante, de la orden de los salesianos, que se repartía por los pueblos y las capillas de las estancias de la zona. Las familias más devotas solían viajar tres domingos por mes para asistir a misa. A veces se equivocaban, o el dato era inexacto, o alguien había querido hacerles una broma, y llegaban en caravana a

una iglesia vacía. También había una única sucursal del banco provincial y una única sala de urgencias, con unos pocos consultorios adosados, insuficientes para llamar a aquello clínica u hospital. Lo que no había era enfermedad o ruina económica que no se convirtiera a la velocidad de los *silbantes sesenta* en un secreto a voces.

Una vaga indicación bastaba para ubicar un lugar, porque no había muchos donde pasaran cosas. Y es cierto que para demasiados trámites había que agarrar el auto y hacer como mínimo ochenta kilómetros, si es que no quedaba otra que ir a la capital. A la ida o a la vuelta, sobre todo a la vuelta y de noche, estaban los que se mataban en esos viajes. Era un viento perpendicular con la fuerza para volcar un camión de costado, o lo exasperantemente recto de la ruta que inducía al sueño justo antes de cimbrarse en una curva peligrosa. Persistían las carcasas de fierros retorcidos en la banquina como testimonio del accidente. Al contener la presencia de los muertos mejor que un cementerio, por un tiempo los conductores bajaban la velocidad y, sin girarse, se hacían la señal de la cruz, como si estuvieran atravesando un peaje de fantasmas. En los confines del pueblo, según un rumor que se repitió hasta cristalizar en hecho incuestionable, estaba la zona de las otras minas. Un par de arrieros habían muerto, despedazados de la cintura para abajo, por pisar una de esas trampas, y cada tanto detonaba una entre las patas de una oveja, desparramando en el viento nubes rojas de algodón. Se decía que había miles, enterradas a pocos centímetros de la superficie, apenas disimuladas entre la maleza.

# Primera parte

Su nombre completo era Santiago Luis Ecuador pero nosotros entonces ya habíamos empezado a decirle Quito. Aquel año era mala suerte invocar la capital del enemigo, por eso cuando cumplió catorce, decidimos desplazar su nombre a la capital del apellido. Él estuvo de acuerdo desde el principio, sin necesidad de fijarse en un mapa, y exigió a los adultos que respetaran el cambio. Profesoras y administrativas accedieron tarde, solo después de verlo quemar su documento en el patio, en señal de protesta. Había esperado hasta el final del recreo y, justo cuando se formaba un embudo a la entrada de las aulas, pegó un grito furioso y desgarrado que hizo que todos nos diéramos vuelta. El desnivel de tres escalones y la extensión de patio vació entre él y nosotros había creado una especie de escenario. Estaban dadas las condiciones para un discurso, acaso un monólogo encendido, pero lo único que dijo fue:

—Me llamo Quito, carajo.

La llamarada crecía con cada chorro de querosén, desfigurándole las facciones por encima del fuego.

Quito no era alto, ni rubio, no tenía los ojos claros, ni el cuerpo atlético, pero las chicas habían decidido desde siempre

que era mejor que nosotros. Le escribían cartas, le dejaban pequeñas ofrendas, marcaban los pupitres con su nombre —antes Santiago, ahora Quito— en el corazón de un corazón atravesado por flechas. A la salida de la escuela se ponían a seguirlo hasta su casa, en la otra punta del pueblo, junto al baldío. Por el camino parecía que flotaran, en trance, a la misma distancia de su indiferencia, y no pestañeaban ni una vez hasta asegurarse de que se hubiera metido dentro y cerrado la puerta. Aún entonces esperaban un instante, por si se arrepentía, pero Quito nunca la abría ni la entornaba, ni se asomaba después a verlas por la ventana. Ellas deshacían el camino, un poco humilladas y encorvadas hacia delante, como si fueran recogiendo el hilo de lo perdido, o lo no ganado, en una madeja invisible. Al pasar a nuestro lado, se enderezaban de nuevo, y se ponían a comentar a gritos la hazaña de Quito del día.

Él nunca demostró interés en esas oportunidades ni en las chicas de su edad, se refería a ellas como las larvas, porque habían dejado de ser niñas pero todavía no eran mujeres. No captábamos cuánto había de desprecio en ese mote o si en el fondo era que se compadecía por los años inciertos antes de la metamorfosis final. A Quito tampoco le preocupaba fingir por vanidad ni orgullo, y solo cuando insistíamos demasiado, argumentaba que todavía no estaba listo: antes tenía que hacerse hombre. Él también, de algún modo, pero distinto, era una larva.

—¿Y cómo es que te hacés hombre?

Hacíamos siempre la misma pregunta para irritarlo, y entonces Quito se ponía a enumerar una serie de hitos que supuestamente te convertían en hombre. Participar en una guerra era uno. Desde que teníamos memoria, Quito había estado obsesionado con la idea de la guerra.

—No, boludo. Cogiendo es que uno se hace hombre.

En nuestro catálogo de experiencias, las vividas y por vivir, no existía otro rito de paso. A mitad de su lista interminable, yo formaba un tajo con las manos, y primero Rique y Nasio después me lo penetraban con el índice. Enseguida se desataba una breve competencia de gemidos, intercalados con suspiros que, si no había nadie cerca que pudiera oírnos, escalaba hasta un orgasmo colectivo. Ajeno a ese humor, Quito apenas sonreía, o se reía indiferente, al borde del desdén, como si nos estuviera haciendo un favor. Entonces un cambio brusco le desencajaba la expresión para enterarnos de que ya no le hacía ninguna gracia.

Al final, porque al destino le gustan esos giros de la trama, Quito conoció el sexo años antes que nosotros. Elena lo eligió una tarde de comienzos del verano cuando pasábamos en pelotón frente a su casa. Estaba fumando en una de las ventanas de arriba, con el brazo extendido para que el humo no se le metiera dentro. Siempre fumaba así, con una ventana abierta, hasta en lo más crudo del invierno, como una Rapunzel de pelo vaporoso y ascendente, recluida en su torre. Desde la calle, rodeando la casa, se podía saber exactamente en qué habitación se encontraba: por el brazo, y si no estaba el brazo, por los minúsculos cráteres de brasa en la nieve. Esa tarde se había asomado peligrosamente sacando la mitad del cuerpo fuera. Detrás de ella, los visillos blancos casi transparentes se batían como alas.

Fue un acto desapasionado de selección natural.

—Vos. Vení.

—¿Yo?

—Vos no.

—¿Yo?

—Vos.

Señalarlo a él nos condenaba a la extinción.

Quito se separó del grupo y se quedó plantado en el lugar, solo con su desconcierto. Los demás continuamos la marcha, las cabezas vueltas hacia a la escena, torciéndolas más a medida que nos alejábamos, cada uno como último representante de su especie.

—Otra.

—No puede ser.

—¿Qué le vio?

—No hay nada para ver.

—Algo habrá.

—No.

Ya no volvimos a tener noticias de Quito esa tarde.

Patagónica por adopción, Elena era la única viuda joven de la zona, lo que agregaba una dimensión de desgracia a su belleza. Su marido había muerto en un dudoso accidente en los andenes de embarque de la mina. En realidad, un compañero lo había encontrado, agonizante, apisonado entre dos carros, durante el recambio de turno. Sus gritos rebotaron a lo largo del túnel, amplificándose en la boca de la mina. Subieron al herido a un carro y entre cuatro lo empujaron sobre los rieles hasta la explanada, donde esperaron demasiado tiempo una ambulancia. Estaba vivo todavía, pero en vez de últimas palabras, le salían borbotones de sangre por la boca.

Cuando la ambulancia llegó, tuvieron que protegerle la cara del polvo que había levantado su frenada. De los mineros que acompañaron a Elena al hospital, ninguno tuvo el valor de decirle lo que iba a encontrarse. No había un alma por las calles ni en la ruta al otro pueblo, y sin embargo avanzaban a bocina-